

LOS DÓLARES, EL PRI Y EL EMBAJADOR

Dos Noticias. En días recientes aparecieron dos noticias de importancia muy desigual y aparentemente desligadas, pero que si se unen pueden servir de punto de partida para interpretar la naturaleza de las relaciones entre México y Estados Unidos. La noticia importante es una declaración del embajador James Jones al periódico *The New York Times* en donde el diplomático, que alguna vez representó a Oklahoma en el congreso de su país, afirmó que son pocos los mexicanos que están recibiendo los frutos de las reformas económicas: "quizá el 40 por ciento o el 50 por ciento de la población se están beneficiando de las nuevas libertades [económicas], pero no la otra mitad o más". (4 de diciembre). Según el corresponsal del diario neoyorquino, y justo cuando está a punto de dejar su puesto, el embajador le asalta el temor de que la desigualdad social que se ha producido en el México neoliberal pueda ser la incubadora de problemas futuros de México y Estados Unidos ha llevado a que los problemas del primero puedan desembocar en la agenda interna del segundo y viceversa.

La segunda noticia es, por derecho propio, parte de la picaresca política: se trata de la fotografía, que apareció en varios periódicos, de un falso billete de cien dólares donde la figura central de Benjamín Franklin aparece flanqueada por dos escudos del PRI, al pie de los cuales se puede leer "sector popular, Morelos" (*Reforma*, 7 de diciembre). Se trata de uno de los "pridólares" que sirvieron para jugar en un "Casino de

Fantasia" en el restaurante "Las Mañanitas" en Cuernavaca, Morelos, y cuyo propósito fue recabar fondos para el partido de Estado. Sin proponérselo, el que diseño esos billetes dio con un perfecto símbolo, pues una de las razones por las cuales el PRI y el régimen del que forma parte han subsistido 67 años, es porque han contado con el beneplácito y el apoyo de la estructura de poder norteamericana. Veamos primero esta historia y luego regresemos a la significativa declaración del embajador.

Washington y el Régimen Priísta. Desde el acuerdo fundamental logrado a fines de 1927 entre el presidente Plutarco Elías Calles y el embajador Dwigth Morrow, en todas sus crisis importantes el sistema político mexicano ha contado con el respaldo del gobierno de Washington. Es claro que ese apoyo no ha sido gratuito, y que en ocasiones ha tenido un alto costo, pero también es cierto que no ha fallado ni una sola vez y que en ocasiones ha sido decisivo.

Apenas se había logrado la aceptación definitiva del régimen de la Revolución Mexicana por Estados Unidos a través del acuerdo Calles-Morrow, cuando estalló una crisis: la que produjo el asesinato del presidente electo, Alvaro Obregón. El embajador estadounidense le ofreció entonces a Calles el apoyo de su gobierno, incluso si decidía reelegirse; finalmente no fue ese el caso, pero con el respaldo norteamericano se refrendó y confirmó al año siguiente cuando el gobierno mexicano negoció el fin de la rebelión cristera y enfrentó el levantamiento de

los militares escobaristas. Poco después, José Vasconcelos, ya en la oposición, le atribuiría al "procónsul" Morrow parte de la responsabilidad de su derrota electoral en noviembre de 1929 y del fracaso posterior de su llamado a la rebelión.

A raíz de la expropiación petrolera de 1938, Estados Unidos le hizo la vida difícil al presidente Lázaro Cárdenas, pero se cuidó de llevar su presión al límite, como lo deseaban los británicos, los holandeses y los propios petroleros norteamericanos. Poco después, en 1940, el embajador norteamericano, Josephus Daniels, tuvo éxito al recomendar a su gobierno: a) rechazar los ofrecimientos de la oposición de derecha encabezada por el general Juan Andrew Almazán, b) desalentar el proyecto de éste de recurrir a las armas para hacerse del poder y, finalmente c) apoyar abiertamente al candidato oficial, al general Manuel Ávila Camacho.

El gobierno de Washington volvió a adoptar una posición similar cuando el mexicano enfrentó a las movilizaciones postelectorales de la oposición en 1946 y, sobre todo, en 1952. En 1968, Gustavo Díaz Ordaz desató la furia criminal del presidencialismo contra la rebelión estudiantil; Washington no reaccionó en contra y tácitamente aceptó entonces del gobierno mexicano lo que más tarde, en junio de 1989, condenaría del chino y con gran indignación moral: la matanza en la plaza de Tiananmen, en Pekín.

La severidad de las crisis económicas y políticas conque cerraron en 1976 y 1982 los sexenios supuestamente

nacionalistas de Luis Echeverría y José López Portillo, fueron oportunamente amortiguadas por el apoyo que ambos presidentes recibieron del vecino del norte; obviamente fue éste un apoyo muy condicionado y muy benéfico para los inversionistas norteamericanos. A una administración problemas de principio a fin como fue la de Miguel de la Madrid (1982-1988), Washington le dio un auxilio muy útil al aceptar la restructuración de su deuda externa y evitar que el país cayera en la moratoria.

Ante el inesperado revés en las urnas en 1988, Carlos Salinas encontró en Estados Unidos toda la comprensión que requirió para maniobrar y sostenerse en el poder pese a la sospecha bien fundada de haber orquestado un gran fraude. El notable esfuerzo salinista que siguió para forzar a México a amoldarse al esquema económico favorecido por los norteamericanos -el neoliberal-, le fue recompensado por Washington con la aceptación de un Tratado de Libre Comercio (TLC). Ni siquiera las abiertas simpatías que Salinas mostró entonces por la reelección de George Bush, impidieron que al llegar a la presidencia su rival, el demócrata William Clinton, éste respaldara al gobierno mexicano con el mismo entusiasmo y eficacia conque lo había hecho el republicano derrotado. Tras el estallido en 1994 de la rebelión zapatista en Chiapas y del asesinato del candidato del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, Washington ayudó a sostener la confianza internacional en el endeudado gobierno de México, apoyando su entrada al club de los países ricos: a la Organización para la Cooperación y el

Desarrollo Económicos. Si finalmente el desastre no se pudo evitar, no fue por culpa de Estados Unidos.

Ernesto Zedillo aún no acaba de acomodarse en la silla presidencial cuando le estalló en las manos la nueva crisis: la fuga d capitales producto de los "errores de diciembre", de nueva cuenta Clinton, pasando incluso sobre la oposición en su Congreso, encontró la manera de preparar rápidamente un paquete de rescate de la economía mexicana sin precedentes: 20 mil millones de dólares y la promesa de más, de ser necesario. Por su parte, el Departamento de Estado y otras dependencias federales norteamericanas han luchado para que México salga aprobado en el infame proceso de "certificación" instituido por el Congreso de Washington para castigar a aquellos gobiernos que no cooperan en la lucha contra el narcotráfico en los términos demandados por los legisladores.

La Razón del Apoyo. ¿A que es debe la consistencia histórica del apoyo del gobierno norteamericano al régimen mexicano? La respuesta, en principio, es simple: el interés nacional de los Estados Unidos en relación a México requiere, por sobre cualquier otra cosa, que haya estabilidad política en el país del sur. Desde hace casi 70 años, y después de superar los conflictos causados por la revolución de 1910, Washington ha considerado que el sostenimiento del régimen mexicano, peses a no ser democrático, ni particularmente honesto o eficiente, es mejor que cualquier otra alternativa. En estas condiciones, se puede concluir que sólo hasta que la sociedad mexicana

sustituya al actual régimen por otro, Estados Unidos seguirá apoyando a quien hoy tiene el poder: al PRI. Otra manera de decir lo mismo es esta: en México, Estados Unidos respaldará al ganador hasta que pierda.

Los Temores del Embajador... y de Otros Más. Ahora bien, a estas alturas ya hay serias dudas en Estados Unidos sobre la capacidad del PRI para mantener su carácter de ganador, para sostener por más tiempo la viabilidad histórica de toda la compleja y corrupta maraña de intereses que ese partido representa y ampara. Las cuidadosas y sensatas declaraciones del embajador Jones, permiten suponer que los encargados en Washington de la relación política con México tienen ya plena conciencia de la naturaleza del talón de Aquiles de la actual estructura política y social mexicana -su enorme y creciente desigualdad- y de los peligros que eso entraña para el interés nacional norteamericano. La prensa del país vecino, que puede hablar con mayor libertad que un embajador, ve, además, problemas más inmediatos y apremiantes, como, por ejemplo, la naturaleza de liderazgo. En efecto, se considera que quien hoy encabeza al gobierno mexicano, es un presidente reformista pero débil, que no puede imponerse sobre un aparato priísta reaccionario -el ejemplo es su fracaso para llegar a un consenso en materia de legislación electoral- y eso impide hacer de México una democracia capitalista moderna y funcional (*The New York Times*, 2 de diciembre).

Finalmente, conviene traer a cuento al antiguo secretario de Defensa de Estados Unidos, Caspar Weinberger, que con la libertad de un político retirado, acaba de presentar una novela, *The Next War* (Regnery, 1996, pp. 163-213) que en los capítulos 14 a 19 da una imagen bastante simple, pero muy reveladora, de los temores sobre México ya existen en la clase política al norte del Bravo: el temor de que un sistema político mexicano tradicionalmente corrupto y penetrado por el narcotráfico, entre en una crisis (se habla del año 2003), y mande oleadas de refugiados pobres a través de la frontera. En la fantasía de Weinberger, este conjunto de circunstancias obligaría a Estados Unidos a repetir lo acontecido en 1916 -la "Expedición Punitiva"- y a intervenir militarmente en el país vecino por razones de seguridad nacional.

En resumen, ya pasó la etapa en que el régimen autoritario mexicano garantizaba los intereses norteamericanos al sur de la frontera, pero no saben como hacer para propiciar esa institucionalidad de la que habla el *New York Times*: la de un capitalismo democrático y moderno. La situación no es nueva, en realidad ya ocurrió al principiar el siglo; el presidente norteamericano Howard Taft estaba muy a gusto con Porfirio Díaz en la presidencia mexicana, pero no tenía idea de que hacer si y cuando Díaz desapareciera de la escena, pues México carecía de las instituciones para asegurar la continuidad de la estabilidad. En 1910 el temor de Taft se convirtió en realidad; por el bien de ambos países y de su relación, para que la

historia no se repita, hay que dar forma a la nueva institucionalidad que sea garantía de estabilidad: la democrática.